2.1.3. EXPLICARA LOS PRINCIPIOS DEL IDEALISMO COMO FILOSOFIA PLATONICA.

P L A T O N

VIDA.- Platón nació en Atenas el año 427, y murió, en la plenitud de su vida intelectual, en 347. Perteneció a una familia noble y antigua, cuyos orígenes pretendían remontarse a Codro y Solón. Su nacimiento y su vocación personal lo llamaban a la política a la vez que la atracción de Sócrates lo llevó a dedicarse a la filosofía. Después de dos intentos de intervención en la vida pública ateniense, la muerte de Sócrates lo apartó totalmente de ella; sólo permaneció para él el interés de los temas políticos, que le hizo dar un puesto tan principal en su sistema a la teoría del Estado o intentar por varias veces aun a costa de graves riesgos, con un discípulo Dión, cuñado del tirano Dionisio de Siracusa, realizara, durante el reinado de este y el de su sobrino Dionisio el joven, el ideal del Estado platónico. Estos proyectos se frustraron, y la actividad de Platón se ciñó a su genial meditación filosófica, a su gran labor de escritor y a la enseñanza viva en la escuela de filosofía que fundó, hacia el 387, en una finca con arboleda, próxima al Cefiso, en el camino de Eleusis, dedicada al héroe Academo, y que por eso se llamó la Academia. Esta escuela perduró, aunque con profundas alteraciones, hasta el año 529 de nuestra era, en que la mandó clausurar el emperador Justiniano. Platón ejerció en ella magisterio hasta su muerte, en colaboración estrecha y profunda con su máximo discípulo, Aristóteles.

ESCRITOS.- La obra de Platón se conserva casi completa. Es, con la aristotélica, la capital de la filosofía y de toda la cultura griega. Además su valor literario es tal vez el más alto de todo el mundo helénico, que le hace encontrar las expresiones y las metáforas justas para verter un nuevo modo de pensamiento. Es incalculable la aportación a la formación del lenguaje filosófico. Platón escogió como género literario para expresar su pensamiento el diálogo, que tiene una relación profunda con su doctrina de la diálectica como método filosófico, y muchos de ellos son de sobrecogedora belleza poética. El personaje principal es siempre Sócrates, que lleva el peso de la discusión. Los diálogos de juventud, la Apología, el Critón, el Eutifrón, estan fuertemente teñidos de socratismo. En su madurez se situan entre los más importantes el Protágoras, el Gorgias, el Eutidemo (sobre los sofistas), el Fedón, sobre la inmortalidad del alma; el Symosion o Banquete, acerca del amor el Fedro, donde se encuentra la teoría del alma, la República sobre la justicia y la idea del Estado. Por último, el Teeteto, el Parménides -tal vez el más importante de los escritos platónicos-, el sofista y el político, y en los años de la vejez, el Timeo, donde se hayan las referencias a la Atlántida; el Filebo, y una obra considerable, la más extensa en volumen, que contiene una segunda exposición de la teoría del Estado, en la que no aparece Sócrates: Las leyes. La autenticidad de algunos escritos platónicos en especial de algunas de sus cartas -alguna de ellas, como la VII, tiene suma importancia-, ha suscitado graves dudas y problemas.

El pensamiento de Platón muestra una evolución que parte de la doctrina de Sócrates, llega a su genial descubrimiento de las ideas y culmina en la discusión de las dificultades y problemas que las ideas plantean en diálogo con Aristóteles. Aquí no podemos seguir esta marcha de la metafísica platónica, y nos limitaremos a exponer las líneas más vivas y fecundas de la filosofía de la madurez, que contienen todo el problema que hubo de poner en movimiento la historia anterior del pensamiento griego.

LAS IDEAS

EL DESCRUBRIMIRNTO.- ¿Con qué problemas se la tiene que haber Platón? Con el mismo problema que la metafísica griega tenía planteado desde Parménides; con el problema del ser y el no ser. Durante más de un siglo, la filosofía helénica había luchado por resolver la aporía de hacer competible el ente -uno inmóvil y eterno- con las cosas-múltiples, variables, perecederas- Hemos visto que la filosofía presocrática posterior a Parménides había sido una serie de intentos de solución de este problema central, que en rigor no rebasan el área intelectual en que el propio Parménides lo había planteado. Platón, en cambio da a la cuestión un giro decisivo: da un paso hacia adelante, tan nuevo y genial que lo arrastra a él mismo, y desde entonces va a tener que esforzarse afanosamente en torno a su propio hallazgo, a su doctrina, que se le convierte en el más graves problema. Platón descubre nada menos que la idea.¿Qué quiere decir esto?

Platón busca el ser de las cosas. Pero esta búsqueda tropieza con varias dificultades de diversa índole, que lo empujan, de modo coincidente, a una solución radical y de apariencia paradójica. En primer lugar, Platón encuentra que las cosas, propiamente no son; si yo considero, por ejemplo, una hoja de papel blanco, resulta que en rigor no es blanca; es decir, no es del todo blanca, sino que tiene algo de gris o de amarillo; sólo es casi blanca; otro tanto ocurre con presunta rectangularidad ni sus lados son total y absolutamente rectos, ni son rectos sus ángulos. Todavía hay más, esta hoja de papel no ha existido siempre, sino solo desde cierto tiempo; dentro de algunos años no existirá tampoco. Por tanto, es blanca y no es blanca, es rectangular y no es rectangular, es y no es: o lo que es lo mismo - no es plena y verdaderamente.

Pero si ahora, en segundo lugar, nos detenemos en el otro aspecto de la cuestión, hallamos que -si bien es en rigor blanca- la hoja de papel es casi blanca. ¿Qué quiere decir esto?. Al decir de algo que es casi blanco, le negamos la absoluta blancura por comparación con lo que es blanco sin restricción; es decir, para ver que una cosa no es verdaderamente blanca, necesito saber ya lo que es blanco; pero como ninguna cosa visible ni la nieve, ni la nube, ni la espuma- es absolutamente blanca, esto me remite a alguna realidad distinta de toda cosa concreta, que será la total blancura. Dicho en otros términos, el ser casi blanco de muchas cosas requiere la existencia de lo verdaderamente blanco, que no es cosa alguna, sino que está fuera de las cosas. A este verdadero, distinto de las cosas, es a lo que Platón llamada idea.

En tercer lugar, este problema adquiere su mayor agudeza si tenemos presente el punto de partida de Platón respecto al conocimiento. Platón se mueve, es el horizonte del pensamiento socrático; ahora bien, Sócrates -que, en rigor, no hace una metafísica, sino que establece el punto de vista de la verdad en filosofía -pretende conocer qué son las cosas, es decir, busca las definiciones. Mientras Parménides se mueve en el ámbito del ser y trata de discernir lo que es la verdad de lo que es mera apariencia. Sócrates intenta decir qué es lo que es,[55] o sea definir, descubrir y fijar las esencias de las cosas. En este punto concreto inicia Platón su filosofía.

Ahora bien, una definición es, por lo pronto, una predicación de la forma A es B. Y me encuentro con un problema de unidad y multiplicidad, cuando digo "el hombre es un animal que habla". Identifico al animal con el hombre, digo que dos cosas son una, qué A es B. ¿Qué es lo que hace posible que yo haga con verdad una predicación. Reparemos, en que, al decir A es B, A funciona dos veces: primero como sujeto cuando digo A; pero en segundo lugar, cuando digo que es B, no estoy solo en B, sino que en este predicado esta incluído A; en otros términos, no se trata de que yo miente primero A y luego B sin más conexión, sino que este B es el ser B de A, y por consiguiente, A funciona dos veces. El supuesto de la predicación A es B es que A es A; es decir la identidad de A consigo misma, que a su vez desdobla en estos momentos 1o. que A es una. 2o. que A es permanente.

Cuando yo digo que el hombre es un animal parlante, es menester que el hombre sea unívoco, y además que al referirlo al ser parlante contínue siendo hombre. La diferencia en el sentido socrático y platónico parte del supuesto de la identidad y permanencia de los entes, cuestión grave si las hay. Si yo quiero decir algo del caballo, me encuentro, ante todo, con que hay muchos caballos; en segundo lugar, estos caballos que ahora encuentro no son permanentes; ni los había hace cincuenta años ni los habrá dentro de cincuenta; por último, si digo de un caballo que es negro, esto rigurosamente no es cierto, porque tiene algo de blanco o de gris; el caballo perfecto, el caballo sin más no existe. Puede decirse que casi predicamos unas casi propiedades de unas casi cosas.

Platón, que se da cuenta de ello -y ahí está su genialidad supone- y esto es grave- que es un defecto del caballo, porque éste debería ser un caballo absoluto y absolutamente negro. Ante esta dificultad, se desentiende del caballo concreto, que es y no es, que no es del todo, para buscar el caballo verdadero.

Y Platón tiene que hacer dos cosas; encontrar el caballo absoluto y dar cuenta desde él de los caballos aproximados que galopan en el mundo. Platón apela del mundo de las cosas, que no permiten predicaciones rigurosas, al mundo en que se dan a lo que se llama el mundo de las ideas. Pero ¿qué se entiende por ideas?

EL SER DE LAS IDEAS.- La palabra "idea" o "eidos" (ἰδέα εἶδος) quiere decir figura, aspecto; aquello que se ve, en suma. También se traduce en ciertos contextos, por forma; así, en Aristóteles aparece como sinónimo de morphé, y por otra parte equivale en él a especie (En latín, species es de la misma raíz que el verbo spicio, ver o mirar, como ocurre con las voces griegas eidos o idea entre las significaciones de species se encuentran también la de la belleza o hermosura, y equivale, por tanto, a forma, de donde viene formosus) Idea es lo que veo cuando veo algo. Cuando yo veo un hombre, lo veo propiamente -es decir, lo veo como hombre- porque tengo ya previamente la idea del hombre, porque lo veo como participante de ella; del mismo modo cuando digo de un papel que no es del todo blanco, lo que permite verlo como casi blanco es la idea de la blancura. Cuando leo una palabra escrita, la veo instantáneamente porque poseo ya su idea; si se trata de una palabra de una lengua totalmente ajena y desconocida, no la veo directamente y como tal, sino como agregado de letras -cuyas ideas respectivas, en cambio, poseo-; y si paso a un vocablo escrito en caracteres que ignoro, en rigor no veo las letras, ni podría reproducirlas sin una previa reducción, mediante un examen detallado, a formas de rasgos conocidos. Un hombre que no sepa lo que es leer -no simplemente que no sepa leer-; no ve un libro, porque carece de su idea. La idea es, pues, el supuesto del conocimiento y de la visión de las cosas como tales.

El descubrimiento de las ideas estaba parcialmente preparado en la filosofía anterior; recordemos primero la perspectiva, mediante la cual las homeomerías de Anaxágoras podían tomar formas distintas variando su posición; en segundo lugar, la definición socrática, que no da lo que es cada cosa concreta sino todas las cosas comprendidas en ella; es decir, la especie. Pero hay una gran distancia entre estos antecedentes y la doctrina platónica.

El ser verdadero, que la filosofía venía buscando desde Parménides, no está en las cosas, sino fuera de ellas: en las ideas. Estas son, pues, unos entes metafísicos que encierran el verdadero ser de las cosas, son lo que es auténticamente, lo que Platón[57] llama ontos-on. Las ideas tienen los predicados exigidos tradicionalmente al ente y que las cosas sensibles no pueden poseer; son unas inmutables; eternas; no tienen mezcla de no ser; no están sujetas al movimiento ni a la corrupción, son en absoluto y sin restricciones. El ser de las cosas, ese ser subordinado y deficiente, se funda en el de las ideas de que participan. Platón inicia la escisión de la realidad en dos mundos: el de las cosas sensibles, que queda descalificado, y el de las ideas, que es el verdadero y pleno ser.

Vemos, pues la necesidad de la idea: 1o. Para que yo pueda conocer las cosas como lo que son. 2o. Para que las cosas, que son y no son -es decir, no son de verdad- puedan ser. 3o. Para explicarme cómo es posible que las cosas lleguen a ser y dejen de -en general, se muevan o cambien-, sin que esto contradiga a los predicados tradicionales del ente. 4o. Para hacer compatible la unidad del ente con la multiplicidad de las cosas.

EL CONOCIMIENTO.- Al preguntarse Platón por el ser de las cosas se encuentra con algo bastante paradójico: que estas cosas no tienen ser y, tanto, no le sirven para encontrarlo. ¿Donde buscarlo, pues?. El ser verdadero está en las ideas, pero las ideas no son accesibles a mi conocimiento directo, no están en el mundo. Sin embargo yo las conozco del algún modo, yo las tengo en mí, y por eso me permiten conocer las cosas, como hemos visto. ¿Como es esto posible? Para resolver esta cuestión, Platón recurre a uno de sus procedimientos característicos: cuenta un mito. El mito del Fedro explica, a la vez el origen del hombre, el conocimiento de las ideas y el método de platonismo.

Según el famoso mito que Sócrates cuenta a Fedro, a orillas del Iliso, el alma, en su situación originaria, puede compararse en un carro tirado por dos caballos alados, uno dócil y de buena raza, el otro díscolo (los instintos sensuales y las pasiones), dirigido por un auriga (la razón) que se esfuerza por conducirlo bien. Este carro, en lugar supraceleste (topos uperuranios)[51] circula por el mundo de las ideas, que el alma contempla así, pero no sin dificultad. Las dificultades para guiar el tiro de los dos caballos hacen que el alma caiga: los caballos pierden alas, y el alma queda encarnada en un cuerpo. Si el alma ha visto, aunque sea muy poco, las ideas, ese cuerpo será humano y no animal según que las haya contemplado más o menos, las almas estan en una jerarquía de nueve grados, que va del filósofo al tirano. El origen del hombre como tal es, pues, una caída de un alma de procedencia celeste y que ha contemplado las ideas. Pero el hombre encarnado no las recurda. De sus alas no quedan más que muñones doloridos, que se excitan cuando el hombre ve las cosas, porque estas, le hacen recordar las ideas, vistas en la existencia anterior. Este es el método del conocimiento. El hombre parte de las cosas, pero no para quedarse en ellas, para encontrar en ellas un ser que no tienen, sino para que le provoquen el recuerdo o reminiscencia (anámnesis) de las ideas en otro tiempo contempladas. Conocer, por tanto, no es ver lo que está fuera, sino al revés, recordar lo que está dentro de nosotros. Las cosas son sólo un estímulo para apartarse de ellas y elevarse a las ideas...

Las cosas, dice Platón con una expresiva metáfora, son sombras de las ideas. Las sombras son signos de las cosas y pueden hacerme caer en la cuenta de ellas. Los rotos muñones de las alas se estremecen y quieren rebrotar: se siente una inquietud una comezón dolorosa: "la virtud de las alas consiste en levantar las cosas pesadas hacia arriba, elevándolas por los aires, hasta donde habita el linaje de los dioses", dice Platón. Este es, como veremos en detalle, el sentido cognoscitivo del eros platónico; el amor, partiendo de la contemplación de las cosas bellas, de los cuerpos bellos, termina por hacernos recordar la idea misma de la belleza y nos introduce en el mundo ideal.

El hombre, que es para Platón un ente, aparece caracterizado, sin embargo, por haber visto las ideas, el verdadero ser de las cosas; por participar de la verdad: es lo que lo define. Uno de los más profundos argumentos que usa Platón para probar

la inmortalidad del alma es que ésta, por conocer la verdad, ha de tener cierta adecuación con ella, ya vimos la vinculación del ente y el noûs en Parménides. En este argumento va implícita toda la metafísica. (En la filosofía actual se ha suscitado de un modo agudo el problema de la eternidad de las verdades -Husserl y Heidegger-. Se contrapone a esta idea la de una vinculación temporal de las verdades a la existencia humana. Pero esta es una cuestión sumamente compleja, en la que aquí no se puede entrar).

2.1.4. EXPRESARA LAS RESPUESTAS DE PLATON A LA ESTRUCTURA DE LA REALIDAD Y LA POSICION DEL HOMBRE EN ELLA.

LA ESTRUCTURA DE LA REALIDAD

EL MITO DE LA CAVERNA.- En el libro VII de la República cuenta Platón un mito de fuerza sobrecogedora, en el que representa simbólicamente la situación del hombre en su relación con la filosofía, y a la vez la estructura de la realidad. Lo curioso es que inmediatamente antes, al final del libro VI, había expuesto en forma de tesis esa misma doctrina sobre la realidad y los métodos para conocerla. Este procedimiento de Platón recuerda, con una esencial alteración del orden, la técnica habitual de hacer comprender una verdad mediante una representación poética que se esclarece y precisa de modo intelectual; pero esta inversión de los términos revela que no se trata de un simple ejemplo metafórico, sino que el mito agrega algo a la explicación que lo antecede.

El contenido del mito se reduce en lo esencial a lo que sigue. Platón imagina unos hombres que se encuentran desde niños en una caverna, que tiene una abertura por donde penetra la luz exterior, están sujetos de modo que no pueden moverse ni mirar más que al fondo de la caverna. Fuera de esta, a espaldas de esos hombres, brilla el resplandor de un fuego encendido sobre una eminencia del terreno, y entre el fuego y los hombres encadenados hay un camino con un pequeño muro; por ese camino pasan hombres que llevan todo género de objetos y estatuillas, que rebasan la altura de la tapia, y los encadenados ven las sombras de esas cosas, que se proyectan sobre el fondo de la caverna: cuando los transeúntes hablan, los encadenados oyen sus voces como si procedieron de las sombras que ven, para ellos la única realidad. Uno de los encadenados, libre de su sujeción, contempla la realidad exterior; la luz hace que le duelan los ojos, apenas ve: el sol lo deslumbra dolorosamente y lo ciega. Poco a poco intenta habituarse; primero consigue ver las sombras, luego las imagenes de las cosas reflejadas en las aguas; después, las cosas mismas. Vería el cielo de noche, las estrellas y la luna; y al amanecer, la imagen reflejada del sol, y, por último, después de un largo esfuerzo, podría contemplar el sol mismo. Entonces sentiría que el mundo en que había vivido antes era irreal y desdeñable; y si hablaba con sus compañeros de ese mundo de sombras y dijera que no